



OJEADA AL PERFIL BARROCO DE SANTA CRUZ DE LA ZARZA

No más que eso, una ojeada rápida, casi de urgencia, ha sido suficiente para captar la insospechada monumentalidad que permanece como oculta por el empinado laberinto callejero de sube o baja -según se mire- de esta villa castellano-manchega.

Es un pueblo sin reposo, sin opción a un respiro en el zarandeo del altibajo permanente, a veces confuso, siempre inevitable. Como entidad urbana, encuentra su equilibrio vial en la transversalidad de los cruces obligados. Aquí ordenan y mandan los accidentes de un terreno que da vistas a espacios que ya no son manchegos, con horizonte de aires semiserranos, a éste y al otro lado del Tajo. Se entra y se sale de Santa Cruz por arriba, por el extenso llano reseco, y, sin embargo, prometededor de abundantes cosechas vinateras, aceiteras, de cereales, cuando el clima lo permite. Su blanco caserío se despeña como un puñado -un gran puñado- de figuras geométricas que hubiesen sido arrojadas valle abajo por un incomprensible capricho, pero que se comprende a poco que se indaguen las causas: instinto defensivo y, más aún, búsqueda del soporte húmedo, simbolizado por los cinco caños que manan desde un pasado romano y árabe, tal vez anterior. Despensa, defensa, más agua. Todo lo necesario para subsistir en la prosperidad creciente de una población con sólidos fundamentos culturales y éticos.

La primera impresión dominante para el que viene de fuera es la severidad característica de las construcciones castellanar de albergue. Las dos iglesias, la de Santiago y la de San Miguel, intercambian verticalidad y desnudez desde sus alturas; no añaden variante alguna significativa a la línea recta de fuerte tensión que sostiene los tejados, con frecuencia a dos aguas. Mas no tarda en desvanecerse esa idea inicial, concebida muy a la ligera, antes de que empiece el recorrido de unas calles que parecen no comprometerse a nada más que a entregar su estricta sencillez, insistiendo en el mutismo que es la repetición de algo excesivamente conocido. A la gente que siempre dice lo mismo, ya no se le escucha. De pronto, Santa Cruz se vuelve elocuente. Se expresa en un lenguaje que no parece el suyo propio, el habitual de un pueblo sencillo de la meseta. Quiere decir algo que resulta extraño al forastero, y lo dice sin, inicialmente, ser bien comprendida en la ambigüedad de la

sorpresa. Lo sencillo, lo popular, lo escueto pierde su compostura, se abulta y se agita en piedra viva, destacando sobre la planura de las fachadas encaladas o los rosáceos revestimientos de ladrillo.

Tarde o temprano, se topa con la enjundia del barroco; un barroco traído de tierras lejanas por hombres lejanos de ideas lejanas, con la creación de encomiendas santiaguesas y asentamientos de señorías, cuyos titulares se hacen construir casas lujosas, de un lujo que trasciende al exterior en blasones de alto relieve en piedra para exponer a la luz del día y a los ojos de los santacruzcos su poderío, su pertenencia a una clase social hegemónica y consentida. A algunos no les bastaba con la ostentación de sus escudos de armas: necesitaban pasar bajo un formidable arco de triunfo cada vez que cruzaban el umbral de sus casapalacios, y es entonces cuando florecen esos macizos vergeles de piedra que dan a este pueblo un grado de distinción indiscutible.

Como tantas otras manifestaciones de la vida española, el arte barroco atraviesa en su época de esplendor el Atlántico y se proyecta sobre las culturas nativas del otro lado, con las que se mezcla. Está más que demostrado que el barroco fue el estilo que con mayor facilidad se adaptó al gusto de aquellos países, al que incorporaron nuevos elementos, que, por un efecto de rebote, acabaron repercutiendo en la arquitectura española. Falta un estudio realizado a conciencia de ese fenómeno, pero la formidable portada de una casa de Santa Cruz contiene indicios que aluden a una influencia ultramarina inequívoca, siquiera sea por la presencia de carátulas precolombinas en su cantería.

El frontispicio del antiguo convento de los Trinitarios evidencia su fragilidad a través de los huecos de sus ventanas abiertas a la libre entrada y salida del viento y del aleteo de los pájaros que han hecho sus nidos entre las ruinas de la nave desmochada. Su barroquismo está moderado por la coexistencia de elementos neoclásicos, con hornacinas apechinadas en las que se demora el resquebrajamiento total de unas imágenes labradas en piedra blanquecina, produciendo un extraño efecto de contraste con la sillar de tonalidades ambarinas del resto de la construcción. Una mirada romántica encontrará suma complacencia en lo que pudiera servir de telón

de fondo para una representación dramática: un auto sacramental cuyo principal personaje fuese, al estilo calderoniano, símbolo de la fugacidad del tiempo.

Con anterioridad a la aparición del barroco en Santa Cruz, gran número de vecinos sabían ya lo que era la línea curva arquitectónica. Nada menos que la cuarta parte de un censo de seis mil habitantes llegó a cobijarse bajo tierra. Una amplia barriada de cuevas coronaba, y en cierto modo todavía lo hace, una zona próxima a la iglesia de San Miguel. La espectacularidad, que debió ser enorme, de calles enteras arracimadas, formadas por habitáculos de grandes chimeneas cónicas perfectas, ha cedido con el paso de los años. Son contadas las chimeneas de esta traza que continúan de pie, y las fachadas terrosas han sido sustituidas por otras más modernas, pero menos auténticas. (Haría bien el Ayuntamiento santacruzco en tomar a su cargo la conservación de las todavía existentes en la calle del Doctor Manzanares).

La población de tan original barrio ha disminuido de manera sensible. Fue impulsada al abandono de sus modestas, pero cómodas casas, para ir en busca de medios de vida no existentes en Santa Cruz, o por simple afán de aventura. Pero, al igual que las aves migratorias, conservan la querencia del cálido plumón del nido en el que nacieron y pasaron su infancia y su juventud, y, aunque sólo sea por unos días, vuelven para contrastar realidades y gustar diferencias.

Esas centenarias y acogedoras cuevas tienen la solidez que proporciona la suave y sabia ondulación irregular imperante en todo albergue subterráneo que busque seguridad, bien sea mediante los arcos de las entradas, ya sea en las rinconadas o en los techos abovedados. La naturaleza barroca del interior -hueco elemental compartimentado como el hueco de una cáscara de nuez-, compite con el exterior exuberante de relieves pétreos de los grandes palacios de la calle Mayor y adyacentes. Dentro de uno de esos breves cobijos troglodíticos, respirando limpieza y rodeado de cariño, atado por sus muchos achaques al amor del rescoldo de un fogón bajo, alienta un personaje en el que supervive, podría decirse que intacto, el espíritu español de hace trescientos años. Vicente García Medina, joven todavía, posee una

COLABORACIONES

capacidad versificadora tal, que todo lo convierte en coplas, hasta el aire que respira, e invierte su no excesiva vitalidad en mensajes de simpatía que sus pícaros y chispeantes ojos se encargan de transmitir a través de unas gafas de miope o de lo que sea. Su palabra fácil y bien timbrada -casi no le queda otra cosa para dar testimonio de su ser-, incansable cuando se pone a recitar sus propios versos, es una sorpresa añadida para el que por primera vez llega a aquellas alturas y se adentra en aquellas profundidades.

José Cesáreo fue otro tipo de barroco. Todo coleccionista de Arte lo es en mayor o menor medida. Su casa, no lejos de la de Vicente, pero ya en la parte edificada, es como el torreón de un cas-

tillo encantado, con más facilidad para ser visitado por aves nocturnas que por los rayos del sol. Es un escondrijo en el que se refugian conceptos y formas que se resisten a desaparecer, y que no desaparecerán mientras existan personas dispuestas poco menos que a sacrificar sus vidas por el placer de reunir objetos simplemente curiosos, o bien de una categoría artística relevante. El papel -en forma de libros y grabados-, los metales, la madera, los tejidos, la cerámica, todo tiene su representación en el santuario del recuerdo en el que supervive este santacrucero solitario -de una soledad no arisca-, que llegó impertérito hacia los noventa años sin apenas acusar la decrepitud propia de un hombre de su edad. Edad que no ocultaba, pe-

ro que su estado físico y mental, sobre todo éste, disimulaban.

No cesará la lucha que libran los valores sentimentales frente a los artísticos para merecer la preferencia de su dueño hasta el momento mismo en que una mano hoy ignorada, y por lo tanto misteriosa, seleccione y ponga luz y orden donde ahora parece que no lo hay, porque puede ocurrir que para José-Cesáreo lo hay. Feliz, y al mismo tiempo desdichada, la persona honesta que acepte acometer la tarea de inventar lo que, según todas las apariencias para uno no iniciado en sus intimidades, es un caos deslumbrante.

M. Fernández Nieto
Periodista y Crítico de Arte
 (Barcelona)



LA INQUISICION EN SANTA CRUZ DE LA ZARZA

Fue un Tribunal Eclesiástico, que apareció por el Siglo XII, para perseguir y castigar la herejía, y fue auspiciada por el Papa Inocencio III, para eliminar, a los Albigenses, situados en Albi, Ciudad del Languedoc, Sur de Francia, que condenaban la Jerarquía Eclesiástica, los Sacramentos, y la posesión de bienes por parte de la Iglesia:

En España, fue introducida en el Reino de Aragón, por Jaime Iº, 1266, y alcanzó su plena instalación con la unión de Castilla y Aragón, (Reyes Católicos), 1468, para combatir a Moros y Judios, y las corrientes erasmistas, como así se irían aplicando, a todo los que significó el humanismo del Renacimiento, siendo la Iglesia Española, la que más la combatió, lo mismo en el Concilio de Trento, (nuestro Concilio), que por parte de los Inquisidores, que generalmente eran Frailes, siendo uno de los más crueles, el Judio Tomás de Torquemada, este Tribunal alcanzó con Felipe II su punto álgido, para ir decayendo en los sucesivos Reinados, con la entrada de los Borbones, Felipe V, 1700-1724, y aboliendo las Cortes de Cádiz, 1813,

lo restauró Fernando VII, 1814, hasta que definitivamente fue abolida en 1834.

En nuestro pueblo, como puede verse en el gráfico, hubo unas cuarenta actuaciones del Santo Tribunal, y Juan Blázquez Miguel, en la Inquisición en Castilla La Mancha, en Irreverencias o Mofas, en 1567, cita el caso ocurrido en Santa Cruz de la Zarza. Los Cofrades de la Hermandad Sangre de Cristo, organizan una Procesión para pedir agua, el mesonero Bartolomé de la Vara, hace de Cristo, y otros ocho amigos hacen figuras de la Pasión, se planta la Cruz en la Plaza del Pueblo, y el mesonero empieza a ser adorado, con el cura a la cabeza, implorándole que envíe la lluvia, muy necesaria en aquellos tiempos.

En los antiguos libros de nuestro Ayuntamiento Siglo XVII, siempre a los Canos los cita como familiar del Santo Oficio, y en leyendas se decía que la Casa de la Inquisición eran las que hoy hay a la parte abajo de la Tercia, y que allí se habían emparedado por la Santa Inquisición algunas personas, yo tengo noticias de que en el archivo de la Catedral

de Cuenca, hay escritos sobre el Santo Oficio en nuestro Pueblo, por que como se sabe hasta los años cincuenta siempre pertenecimos a este Obispado.

Se desconoce la desaparición de los archivos de nuestras Iglesias, en la de San Miguel hace unos años, por una puerta pequeña de la calle de la Casa de la Cadena, había partidas de nacimientos, bodas y bautizos, siempre a falta de celo por conservar documentos antiguos.

En nuestro Ayuntamiento, en su Archivo, no se encuentra ninguna anotación sobre la Inquisición, sólo en la relación que Felipe II, mandó hacer del estado de los pueblos de su Reino, destaca como, una tropa que iba de camino en 1523, pidió permiso para descansar dentro del pueblo, lo hicieron, y cometieron tales desmanes en casas donde fueron alojados que salieron por contadero, siendo ahorcados los soldados que cometieron los desmanes, pero no cita, a la Inquisición, esperemos que pueda investigarse en Cuenca, y puedan hallarse más datos.

Joaquín Arias Loriente

